

MIGUEL DE VALENCIA

GLOSAS DE LA CULTURA ACTUAL

El escritor húngaro Kalman Mikszath adquiere amable actualidad en los escenarios europeos. Vuelve a representarse una de sus obras más graciosas. "El paraguas de San Pedro" hace reír y pensar al mismo tiempo. Su trama es una exhibición de humorismo delicado. Por añadidura, las ideas forman un apretado collar de posibilidades humanas y filosóficas.

Mikszath, escritor de fines del siglo pasado, llegó a ser presidente de la Academia Húngara. Su prosa es algo así como una sonrisa entre lágrimas.

"El paraguas de San Pedro" se presta para una escenificación fantástica. El tema tiene ráfagas de lirismo, situaciones que sólo se pueden imaginar en los dominios y en las barbacanas del humor.

Un joven ha quedado huérfano. Se entera de que la fortuna de su progenitor se halla contenida, como gracioso milagro, en el puño de un paraguas, que en otro tiempo usó el difunto.

Sigue el rastro del utensilio, que ha pasado por muchas manos. Llega a saber algo horrible. Su paraguas está en poder de San Pedro. Después vendrán unos lances de amor, combinaciones de ternura y de alta poesía. Y cuando su alma se ponga triste, brotarán la risa y la sonrisa, un optimismo que hace restallar los sentidos.

La médula de esta obra se orienta por los derroteros de una preocupación metafísica elemental. Pero el humorista consigue que los espectadores encuentren la imagen de una eufórica evasión. La problemática búsqueda de la fortuna se convierte en acicate de sumo interés. Porque el hombre de ahora, vive esperando el prodigio de reales vellocinos y de lucientes monedas, de planos cifrados, en donde los caminos de la suerte están marcados con un signo cabalístico.

Esa peregrinación en busca de lo maravilloso está en la base de innumerables leyendas de todos los tiempos. Los "Príncipes azules" son una versión amorosa de la felicidad que yace oculta. El escritor húngaro anotó la presencia de un modesto paraguas. Otros autores sitúan la fortuna entre los pliegues de un viejo abrigo. En los días de lluvia invernal, infinitos paraguas salen a relucir por las calles. La tela de muchos de ellos muestra la rotura

que permite la entrada de lejanas estrellas y de gotas pertinaces. No es raro que los varillajes se hagan reversibles. Y entonces, la enorme bandeja de tela recoge los dones que danzan entre las nubecillas frías. Es muy posible que, por obra y gracia de los encantadores traviesos, desde el cielo, se derrumbe el misterio de un tesoro inesperado. Semejante milagro sólo puede suceder en días de lluvia.



Lejana tradición exhibe el arte de los tatuajes. En los pueblos primitivos y en algunos del Africa contemporánea ha sido frecuente el uso de marcas de tinta indeleble. Su finalidad era bien concreta: señalar los esclavos y el ganado.

Pero esas manifestaciones artísticas llegaron hasta los puertos de mar. Y los marinos, románticos, individualistas y aburridos, anotaron en su pecho y en sus brazos siluetas de gláciles bailarinas, cabezas de bichos mitológicos, algún corazón sangrante, la fatídica calavera que reposa entre dos tibias cruzadas. A partir de ese momento, los tatuajes perdieron su verdadero sentido. El arte paciente se convirtió en industria vulgar. Los juristas viéronse obligados a intervenir en casos de flagrante equivocación.

Un jovencito ostenta en su brazo derecho la imagen de una mujer procaz. ¿Qué puede hacer un marino con esa ondina inscrita en su piel?

Los negros del Senegal son diestros en la confección de tatuajes. Claro está que ellos, con un sentido esotérico, "calan" serpientes para que los reptiles originales se ausenten. Ciertas tribus australianas dejan a sus clientes la silueta de unos peces extraños. Son el barramundo y el latimeria, quizás tan arcaicos como el famoso coleacanto. No es raro que se atrevan a diseñar la figura de un pequeño reptil, casi mitológico, que posee tres ojos. Sabido es que uno de esos ejemplares vivos fue regalado al ex príncipe de Gales. El animalillo murió en el Jardín Zoológico de Londres.

Dicen los especialistas que los tatuajes más cotizados son los que se inspiran en motivos astronómicos. La Luna, Plutón, Venus y los cohetes voladores ofrecen ancho campo a la fantasía. La gente ama lo raro y estrambótico. He ahí una manera de copar la suerte, de aproximarse al absurdo. Por eso, originales y recientes manifestaciones filosóficas construyen la posibilidad de un sistema entre los enrejados del absurdo. ¿Habrás algo más fastuoso que una Filosofía del Absurdo?



Desde tiempos remotos los indios cunas de Panamá tuvieron jefes y curanderos, diestros en conocer las diversas virtudes y ciertos maleficios de las plantas.

Los más conspicuos llegaron, incluso, a ponerse en comunicación con los espíritus protectores de los hombres. He ahí a los "absoguedis", indios viejos, de gran fuerza vital. A veces lograron dominar las epidemias y catástrofes, las plagas y las invasiones de animales. Curiosas ceremonias figuran en el folklore de estos indios cunas, de costumbres pacíficas.

Estiman que los vegetales tienen un doble, una especie de alma. Este fenómeno tiene una explicación. El indio cuna, cuando duerme, sueña que está danzando por lugares remotos. Al despertarse se da cuenta de su quietud, de su permanencia en el mismo lugar. De ahí brota el culto del espíritu, engarzado en las personas, en los animales y en las plantas inmediatas. Ese concepto lo lleva a relacionar el espíritu con la sombra. Varios pueblos oceánicos tienen la misma idea. Con una sola palabra designan la sombra y el alma. Como los árboles también tienen sombra, no es difícil asignarles un alma.

Dicen los cunas que Dios, en un principio, creó la madera sagrada. Después surgieron los hombres, que enseñaron a utilizarla. Por eso los magos asumen tanta importancia en su vida. Esos magos tienen que vivir un largo aprendizaje. Desde niños se les encauza por ese difícil y comprometido camino social. Los someten a frecuentes baños para que su cerebro vaya recibiendo la oportuna formación sobrenatural.

Veamos sus propias palabras: "El cerebro está formado por centenares de pequeñas elevaciones, cada una de las cuales corresponde a una habilidad diferente, y por medio de los baños se puede desarrollar hasta convertirla en una gran montaña".

Uno de esos individuos excepcionales fue quien reveló a su pueblo el origen de la madera sagrada. Dícese que más tarde, ese mago estudió la virtud curativa de las plantas.

Los cunas entonan bellas canciones, todas ellas provistas de un significado curativo. Escribe un explorador que ha convivido con estos indios: "Hemos llegado a la conclusión de que esas canciones sagradas tienen símbolos sexuales, que ocultan un antiquísimo culto al principio vital de la reproducción".

La letra de semejantes cantos es muy especial. Las palabras son muy largas, se articulan como si fueran un trabalenguas, constituyen una especie de lengua críptica.

Los "absoguedis" delegan su cargo en dos de sus hijos y en un nieto, estableciendo así una clase de monopolio cerrado de casta. A partir de ese momento, empiezan a memorizar las canciones sagradas, sobre todo una de ellas, cuyo recitado cubre un período de ocho días. Muchos aspirantes a mago han de renunciar, tal vez por falta de resistencia física.

Los indios cunas están siendo sometidos a meticulosos análisis sanguíneos. Con ellos se han ensayado los medicamentos normales, y se observa que sus cuerpos reaccionan de manera viril.

Entre la cara de una persona y su carácter hay lazos de unión. Aristóteles, en su "Historia Animal", habló de tales dependencias. Entre otras cosas, dijo lo siguiente: "Los hombres con frente pequeña son volubles, mientras que los de frente redonda son de genio irascible".

Las cejas rectas indican personalidad dócil; las curvas, en dirección de las sienas, agudeza y disimulo. Los ojos de mirada fija, imprudencia. El pestañeo es signo de indecisión. Las orejas largas y prominentes revelan tendencia a la locuacidad.

El rostro es el medio más visible de que dispone el ser humano para comunicarse con sus semejantes. La cara deja traslucir las facultades mentales, los trastornos emotivos y los apetitos sexuales. Muchas veces, el médico establece un diagnóstico en función de las alteraciones faciales del paciente. La cara dice, con frecuencia, lo que no puede expresar la palabra. Entonces, la máscara facial se transforma en brillante espejo del alma.

El psicólogo James Watson ha estudiado los gestos de los niños. Fijó dos tipos de reacción: Cuando desean algo, abren los ojos, mueven los labios. Para expresar oposición, cierran los ojos, arrugan la nariz y esbozan un llanto sin lágrimas.

En el siglo XVIII, el arte de fijar el carácter por los rasgos de la cara cayó en manos de los adivinos. Se cometieron tantos desmanes que el Parlamento inglés decretó la persecución de esos individuos, considerados como bribones y vagabundos vulgares.

Felizmente, los psicólogos han centrado el problema en sus justas o aproximadas proyecciones científicas. Y han llegado a una conclusión provisional, pero que incita al estudio responsable. "Algunas veces la cara es un libro abierto. Al mismo tiempo, encierra los secretos de una novela de misterio".

Anotemos una afirmación general de los observadores de la cara humana. "Los ojos grandes, abiertos, muy transparentes, que chispean con movimientos rápidos bajo las cejas de líneas agudas, denotan siempre cinco cualidades: discernimiento rápido, elegancia y buen gusto, irritabilidad, orgullo y violento amor para las mujeres".

No es raro que los novelistas hayan definido a sus personajes, partiendo de sus características faciales. Como reacción, los escritores que cultivan la técnica del llamado tremendismo funcional no especifican los rasgos de sus héroes. El lector ha de formarse la imagen adecuada y verídica de los personajes. Los errores son diversos en intensidad. Lo que no deja de ser un acicate psicológico.



El pintor catalán Joan Miró realizó un mural para el hotel "Terrace Hilton", de Cincinnati, y otro para la Universidad de Harvard, en Boston. Ha creado también un muro de cerámica destinado al edificio de la UNESCO, en París. Medias lunas y estrellas adornan este magnífico mural; extraño, pero de sorprendente efecto estético.

Miró ha dicho: "Lo más importante es desnudar el alma. La pintura y la poesía son como el amor, un intercambio de sangre, un abrazo apasionado, sin reservas. El cuadro nace de un desbordamiento de emociones y de sentimientos".

En esas palabras se hallan los principales acápites de su arte.

Se publican ahora bellas reproducciones de su obra, con unas interpretaciones de los mejores críticos.

En sus obras, Miró combina elementos cómicos y temibles, dioses y diablillos reales y estilizados. Su arte, a pesar de su sencillez aparente, exhibe infinitas complejidades técnicas e ideológicas. Varios de sus cuadros tienen aspecto de pintura rupestre. El artista ha dicho: "¡Todo lo que se ve en mis cuadros existe!".

Uno de sus lienzos se titula: "Perro ladrando a la luna". En primer término, hay una escalera, recurso de imposible ascensión. Un perrillo levanta la sollozante cantilena de su ensoñación quimérica. A pesar de su realismo, esa escalera y ese perro son algo así como los símbolos de un anhelo soñado, surrealista en última instancia.

Tiene un cuadro de raigambre política. Sus elementos son los siguientes: un zapato viejo, una papa y una hogaza de pan. Joan Miró desdeña la idea peregrina de que las obras surrealistas brotan por mero accidente. Dice que son el resultado de infinitos estudios de la realidad circundante. Todo lo demás es técnica, maestría en el dibujo, sentido cromático.

El álbum publicado es una estupenda aportación al estudio del arte contemporáneo. Entre sus líneas, inconexas al parecer, hay varios capítulos de la historia del pensamiento pictórico.